

LA DANZA DE
LA GAVIOTA
ANDREA
CAMILLERI



narrativa
salamandra

La Danza de la Gaviota

ANDREA CAMILLERI

Traducción del italiano de Teresa Clavel Lledó

Título original: *La danza del gabbiano*

Ilustración de la cubierta: Nagib El Desouky/Arcangel Images

Copyright © Sellerio Editare, Palermo, 2009

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2012

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

ISBN: 978-84-9838-487-1

I^a edición, octubre de 2012

Printed in Spain



RESEÑA

El insomnio ha vuelto a sacar al comisario Montalbano de la cama. Al amanecer, con una taza de café en la mano, sale a la terraza para contemplar el mar y asiste a un solitario y lúgubre espectáculo: en la arena, una gaviota enferma, o quizá herida, parece ejecutar una extraña coreografía antes de caer fulminada, como si la vida se resistiera a abandonar su cuerpo para siempre. La imagen suscita en el comisario los mismos sentimientos fúnebres e insidiosos que en los últimos tiempos han enturbiado su mente, y se le antoja una especie de premonición. Y lo es.

Las vacaciones que Montalbano tenía previsto disfrutar junto a Livia se frustran cuando Fazio, la inestimable mano derecha del comisario, sencillamente desaparece del mapa. No ha vuelto a casa, su teléfono está desconectado y sólo se sabe que iba a encontrarse con alguien en el puerto. Sus compañeros se temen lo peor, y la visión de su querido Fazio herido, o tal vez muerto, mortifica a Montalbano de tal forma que no reparará en esfuerzos para encontrarlo.

Bien entrado en la cincuentena, Salvo Montalbano vive cada día más angustiado por los efectos de la edad y el desencanto.

En otro sutil toque de humor de su genial creador, los acontecimientos de *La danza de la gaviota* transcurren cerca del lugar donde se está rodando un episodio de la famosa teleserie sobre Montalbano. Por supuesto, éste evita a toda costa cruzarse con el actor que lo interpreta, que es

mucho más joven y atractivo, aunque difícilmente tan irresistible para las mujeres como él.

1

Hacia las cinco y media de la mañana ya no pudo seguir acostado, mirando el techo con los ojos como platos.

Era algo que había empezado a ocurrirle con la edad: normalmente, pasada la medianoche, se tumbaba en la cama, leía una media hora, cerraba el libro en cuanto empezaban a bailarle las letras, apagaba la luz de la mesilla de noche, se colocaba en la posición adecuada —tendido sobre el costado derecho, con las rodillas flexionadas, la mano derecha abierta, la palma hacia arriba encima de la almohada y la mejilla apoyada en la mano—, cerraba los ojos y se dormía al instante.

Afortunadamente, casi siempre dormía hasta la mañana, a lo mejor incluso de un tirón, pero algunas noches, como la pasada, al cabo de apenas dos horas despertaba sin ningún motivo y ya no había manera de volver a conciliar el sueño.

Una vez, al borde ya de la desesperación, se había levantado y había llegado a beberse media botella de whisky con la esperanza de quedarse roque. El resultado fue que se presentó en la comisaría al amanecer y como una cuba.

Se levantó y fue a abrir la cristalera de la galería. El día era una auténtica preciosidad, espléndido, semejaba un cuadro recién pintado. Sin embargo, las olas resonaban más fuerte que de costumbre. Salió y sintió un escalofrío. Estaban a mediados de mayo, y en otros tiempos ya haría

un calor casi estival; en cambio, parecía un día de marzo. Tal vez se estropeará al final de la mañana. A la derecha, en Monte Russello, se formaban ya algunas nubes negras.

Entró, fue a la cocina y preparó café. Se tomó la primera taza y luego se metió en el baño. Cuando salió, vestido, se sirvió la segunda taza y fue a tomarla sentado en la galería.

—¡Qué madrugador está hoy, comisario!

Montalbano levantó una mano en señal de saludo.

Era el señor Puccio, que empujaba la barca hacia la orilla; luego subió a bordo y empezó a remar mar adentro. ¿Cuántos años hacía que lo veía hacer siempre los mismos movimientos?

Después se puso a seguir con la mirada el vuelo de una gaviota. Ahora se veían pocas gaviotas; a saber por qué, se habían trasladado a la ciudad. Hasta en Montelusa, a diez kilómetros de la costa, las había a cientos; era como si se hubieran hartado del mar y quisieran permanecer lejos de las olas. ¿Por qué habían decidido buscar comida en la basura urbana, en vez de ir a pescar peces frescos? ¿Por qué se habían degradado hasta pelearse con las ratas por una cabeza de pescado putrefacto? Aunque ¿había sido un acto deliberado, o es que algo había cambiado en el orden de la naturaleza?

De repente, la gaviota cerró las alas y empezó a bajar hacia la playa. ¿Qué había visto? Cuando tocó la arena con el pico, en vez de alzar de nuevo el vuelo con su presa, se desplomó, se convirtió en un montoncito inmóvil de plumas ligeramente agitadas por la brisa matinal. Quizá le habían disparado, aunque el comisario no había oído ningún tiro de escopeta. Pero ¿qué imbécil podía ponerse a disparar a una gaviota? El ave, que se hallaba a unos treinta pa-

sos de la galería, parecía muerta. Sin embargo, mientras Montalbano estaba mirándola, se estremeció, se levantó trabajosamente, se inclinó hacia un lado, abrió una ala —la más cercana a la arena— y empezó a girar sobre sí misma, dibujando un círculo a su alrededor con la punta del ala, con el pico levantado hacia el cielo en una postura forzada que le retorció el cuello. Pero ¿qué hacía? ¿Bailaba? Bailaba y cantaba. Mejor dicho, no cantaba: el sonido que le salía del pico era ronco, desesperado, como si pidiese ayuda. Y de cuando en cuando, sin dejar de girar, estiraba el cuello hacia arriba de un modo inverosímil y llevaba el pico adelante y atrás; parecían un brazo y una mano que quisieran poner alguna cosa en alto y no lo consiguieran.

En un abrir y cerrar de ojos, Montalbano bajó a la playa y llegó a su lado. La gaviota no dio muestras de haberlo visto, pero sus giros empezaron a tornarse inciertos, cada vez más tambaleantes, hasta que al final, tras emitir un sonido agudo que pareció humano, perdió el apoyo del ala, se desplomó de lado y murió.

«Ha bailado su propia muerte», pensó el comisario, impresionado por lo que acababa de ver.

Decidió no dejársela a los perros y las hormigas. La agarró por las alas y se la llevó a la galería. Fue a la cocina y cogió una bolsa de plástico. Metió dentro el ave y la lastró con dos piedras que tenía en casa porque eran bonitas. Luego se quitó los zapatos, los pantalones y la camisa, y, en calzoncillos, se metió en el agua hasta que le llegó al cuello, giró con fuerza la bolsa y la lanzó lo más lejos posible.

Volvió a casa para secarse, muerto de frío. A fin de entrar en calor, preparó otra cafetera y se bebió el café ardiendo.

Mientras se dirigía en coche a Punta Raisi, le volvió al pensamiento la gaviota que había visto bailar y morir. A saber por qué, tenía la impresión de que los pájaros eran eternos, y cuando por alguna razón veía alguno muerto, siempre se quedaba un tanto asombrado, como sucede ante algo que uno no piensa que pueda ocurrir. Estaba casi seguro de que a la gaviota no le habían disparado. Casi seguro, porque quizá le habían dado con un solo perdigón que, aunque suficiente para matarla, no la había hecho sangrar. ¿Morían así todas las gaviotas, ejecutando esa especie de danza desgarradora? No podía quitarse de la cabeza aquella escena.

Una vez en el aeropuerto, el panel electrónico de las llegadas le dio la maravillosa y previsible noticia de que el vuelo que esperaba llevaba una hora y pico de retraso.

¿Y qué creía? ¿Acaso había algo en Italia que saliera o llegara a su hora?

Los trenes iban con retraso, los aviones también, a los transbordadores les costaba Dios y ayuda zarpar, del servicio de correos mejor no hablar, los autobuses se perdían en el tráfico, las obras públicas se alargaban entre cinco y diez años, cualquier ley tardaba años en ser aprobada, los procesos se eternizaban, hasta los programas de televisión comenzaban siempre media hora tarde...

Cuando empezaba a pensar en esas cosas, a Montalbano se le encendía la sangre. Pero no tenía ganas de estar de mal humor cuando Livia llegara. Necesitaba distraerse de algún modo durante aquella hora de espera.

El viaje matinal le había abierto un poco el apetito, cosa extraña, puesto que nunca desayunaba. Fue al bar, donde

había una cola de oficina postal el día de pago de las pensiones. Finalmente le tocó.

—Un café y un *cornetto*.

—No hay *cornetti*.

—¿Se han terminado?

—No. Esta mañana los traerán más tarde, los tendremos dentro de media hora.

¡Hasta los *cornetti* llevaban retraso!

Se bebió el café de mala gana, pidió un periódico, se sentó y se puso a leer. Todo puro parloteo y cháchara.

El gobierno parloteaba, la oposición parloteaba, la Iglesia parloteaba, la patronal parloteaba y los sindicatos parloteaban, y además la prensa parloteaba sobre una pareja importante que se había separado, sobre un fotógrafo que fotografiaba lo que no debía, sobre el hombre más rico y poderoso del país, al cual su esposa había escrito una carta abierta para reprenderlo por ciertas palabras dichas a otra mujer, parloteaba y requeteparloteaba sobre los albañiles que caían como peras maduras de los andamios, sobre los inmigrantes clandestinos que morían ahogados en el mar, sobre los pensionistas reducidos a la miseria, sobre los niños violados...

Se parloteaba sin parar y por doquier de cualquier problema, siempre en vano, sin que el parloteo se transformara nunca en la más mínima medida, en ningún hecho concreto...

Montalbano decidió que había que modificar el artículo 1 de la Constitución en los siguientes términos: «Italia es

una República basada en la venta de droga, el retraso sistemático y el parloteo vano.»

Mareado, tiró el periódico a una papelera, se levantó, salió del edificio del aeropuerto y encendió un cigarrillo. Vio gaviotas volando casi en la orilla del mar, lo que le recordó la gaviota que había visto bailar y morir.

Como todavía le quedaba media hora de espera, recorrió andando un trecho del camino que había hecho en coche, hasta que llegó a unos metros de las rocas. Se quedó allí de pie, disfrutando del olor a algas y sal y mirando las aves que se perseguían.

Volvió cuando el avión de Livia acababa de aterrizar.

La vio aparecer ante él, guapa y sonriente. Se abrazaron y se besaron; hacía tres meses que no estaban juntos.

—¿Vamos?

—Tengo que recoger la maleta.

Los equipajes, naturalmente, fueron entregados a los viajeros con una hora de retraso entre gritos, reniegos y protestas. ¡Y menos mal que no habían seguido rumbo a Bombay o Tanzania!

Mientras se dirigían a Vigàta, Livia dijo:

—¡Acuérdate de que he reservado habitación para esta misma noche en Ragusa!

El plan era recorrer en tres días el Val di Noto y los pueblos del barroco siciliano, que Livia no conocía. Pero no había sido una decisión fácil.

—Oye, Salvo —le había dicho ella por teléfono una semana antes—, puesto que tengo cuatro días libres, ¿qué tal si voy a tu casa y los pasamos tranquilamente?

—Estaría muy bien.

—He pensado que podríamos hacer un viajecito por Sicilia. Hay algunas zonas que no conozco.

—Espléndida idea. En estos momentos en la comisaría no hay mucho que hacer. ¿Has pensado ya adonde te gustaría ir?

—Sí, al Val di Noto. No he estado nunca.

¡Ay! ¿Por qué se le había ocurrido justamente ese sitio?

—Bueno, desde luego el Val di Noto es increíble, pero, créeme, hay otros lugares que...

—No; me apetece ir a Noto, dicen que la catedral restaurada es una maravilla, y luego podríamos acercarnos, no sé, a Modica, Ragusa, Scicli...

—Es un buen plan, no lo pongo en duda, pero...

—¿No estás de acuerdo?

—En líneas generales, sí, mujer, cómo no voy a estarlo, pero quizá convendría informarse antes.

—¿De qué?

—Verás, no quisiera que estuviesen rodando.

—Pero ¿de qué hablas? ¿Qué ruedan?

—No quisiera que, cuando fuéramos, estuvieran rodando algún episodio de la serie de televisión... Los hacen precisamente por allí.

—Perdona, pero ¿a ti qué más te da?

—¿Cómo que a mí qué más me da? ¿Y si por casualidad me encuentro cara a cara con el actor que hace de mí? ¿Cómo se llama?... Zingarelli...

—Se llama Zingaretti; no finjas que te equivocas. El Zingarelli es un diccionario. Pero, repito, ¿a ti qué más te da? ¿Será posible que tengas esos complejos infantiles a tu edad?

—¿Qué tiene que ver la edad?

—Además, ni siquiera os parecéis.

—Eso es verdad.

—Él es bastante más joven que tú.

¡Y dale con la edad! ¡Qué tabarra! ¡Livia estaba obsesionada con eso! Montalbano se picó. ¿Qué tenían que ver la juventud o la vejez con aquello?

—¿Y qué coño significa eso? ¡Si nos ponemos en ese plan, él está completamente calvo, mientras que yo tengo pelo para dar y vender!

—Venga, Salvo, no discutamos.

Y al final, para no pelear, se había dejado convencer.

—Sé perfectamente que has reservado —respondió ahora—. ¿Por qué me lo dices?

—Porque significa que tienes que estar de vuelta en Marinella como máximo a las cuatro.

—Sólo tengo que firmar unos papeles.

Livia soltó una risita.

—¿De qué te ríes?

—Salvo, como si fuese la primera vez que... —Dejó la frase en el aire.

—No; continúa. ¿La primera vez que qué?

—Dejémoslo estar. ¿Has hecho la maleta?

—No.

—Pero ¡hombre...! ¡Tardarás dos horas en hacerla, y con tu velocidad de crucero llegaremos a Ragusa a las tantas!

—¡Velocidad de crucero! ¡Qué ingeniosos estamos! ¿Cuánto tiempo se necesita para hacer una maleta? ¡En media hora la tendré lista!

—¿Quieres que empiece a preparártela?

—¡Por lo que más quieras, no!

Una vez en que le había pedido que le hiciera ella la maleta, se había encontrado en la isla de Elba con un zapato marrón y otro negro.

—¿Qué significa ese «por lo que más quieras»? —preguntó Livia en tono tenso.